

Biblioteca-Films

El botín de los piratas

Núm. 45

25
cénts.



PERLA
BLANCA
y
WARREN
KRECH

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Urgel, 40, 2.º, 2.ªTeléfono 3028-A
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

El Botín de los Piratas

novela de vivísimo interés y palpitante emoción

EXCLUSIVAS **VERDAGUER S. A.**

Consejo de Ciento, 290 - Barcelona

PERSONAJES

INTÉRPRETES

Perla Traver	Perla Blanca
Julio Diring	Harry Semets
Johnson.	Warren Krech

I. — EL MISTERIOSO VENDADO

—¡ Al ladrón !... ¡ Al ladrón !

Todos los asistentes a la bolsa de aquel día se echan a correr tras el que se escapaba, suponiendo fuese el ladrón que a grandes gritos pregona el caballero objeto del robo, que continuaba vociferando, mientras corría tras aquél:

—¡ Al ladrón !... ¡ Por allí !

Entretanto el ladrón, salvando todos los obstáculos y derribando a cuantos se interponen a su paso, gana la calle, sube a un auto y des-

aparece a gran velocidad. Sin embargo, una señorita que conducía ella misma su coche, lo ha visto y se ha lanzado en su persecución. De poco le vale al prófugo saltar a otro automóvil y querer burlar a sus seguidores; la joven del auto no le pierde de vista.

Por fin el ladrón logra penetrar en su guarida, una casa con aspecto de almacén de los suburbios de Nueva York. Llega, saca del seno el objeto robado y lo entrega a un compañero que esperándole estaba; pero es tarde, la joven, rompiendo las vidriadas puertas hace irrupción y, revólver en mano, pone en respeto a los dos hombres.

Llegan, a su vez, la policía en motocicletas, el robado en un auto; y la joven, después de poner a éstos en poder de la policía, entrega a éste lo recuperado de los ladrones: dos gruesos brillantes de un valor incalculable.

—¡Ah, señorita! No sé cómo darle a usted las gracias. ¿Cómo podré pagarle este favor?

—Ya estoy bien recompensada con las vivas emociones que me ha proporcionado la persecución. ¡Nada! Pague usted los desperfectos que ha causado mi automóvil.

—Lo haré con gusto.

—Perdone que me retire de una manera tan brusca; pero tengo a las dos una importante cita... ¡Hasta la vista, pues!

El robado llamábase Julio Diring y la perseguidora afortunada, una joven rubia y bonita, Perla Traver.

¿Cómo había entrado Diring en posesión de aquellos dos soberbios brillantes?

Retrocedamos unas semanas.

Es el «Edificio Central» uno de los más antiguos rascacielos de Nueva York, una mole

gigantesca de piedra y cemento, un templo del Comercio, que parece retar al firmamento.

En las profundidades de sus sótanos, tiene su centro de acción el maquinista encargado del motor y de los aparatos de calefacción central, llamado Jonatán Michaelson.

Un día la curiosidad impulsó a descolgarse a lo largo del tubo de aspiración de la bomba confiada a su cuidado, y determinó a descender por dicho tubo y lo hizo hasta lo más hondo de los fundamentos, hasta hallarse en una caverna abovedada en cuyo centro vio un tronco toscamente labrado representando un ídolo. Lo derribó, y al caer halló en el orificio que representaba la boca del ídolo tres gruesos brillantes que se apresuró a recoger con gran júbilo. En el tronco vio unos caracteres indios: parecía una inscripción jeroglífica. Volvió a subir con los brillantes y el ídolo.

Jonatán apresuróse a someter el ídolo indio al estudio de un sabio arqueólogo, a quien rogó le descifrara la inscripción que ostentaba.

—Amigo—le dijo el arqueólogo—, siento decirle que ha sido usted víctima de una broma de algún desocupado, porque la inscripción dice que debajo del lugar donde halló usted este ídolo hay un tesoro enterrado.

—No sea usted bromista, señor—contestó Jonatán para despistar al sabio—, este ídolo es una viga de mi casa.

—Registre su casa y hallará el tesoro—dijo el viejo despidiéndolo en tono de burla.

Pocos días después hallábase Jonatán Michaelson en su habitación de una casa de huéspedes cuyo frente daba al río. Escribió en un libro de notas:

Para llegar al lugar donde se encuentra el

resto del tesoro, habrá que horadar el suelo y efectuar grandes obras, lo cual sólo podrá hacerse siendo dueño del edificio. Este es actualmente propiedad de unas doce personas: venderé dos de los brillantes, y, con lo que me den por ellos, compraré todas las acciones.

Después de escribir esto, levantó los brazos al cielo y exclamó en alta voz:

—¡Sí, yo, Jonatán Michaelson, el pobre y vil gusano de tierra, seré rico, poderoso!... ¡Tendré miles de millones!... ¡Me llamarán señor Michaelson!... ¡Señor tú, gusanillo!

Mientras así gritaba, un nuevo huésped escuchaba tras de la puerta. Esta se abrió y apareció un hombre. Sus ojos centelleaban ante el brillo que despedían los tres descomunales brillantes colocados encima de la mesa.

Adelantó el desconocido, cogió las piedras y dijo con voz solemne:

—Amigo mío, de fijo has robado estas piedras y quien roba a un ladrón...

—¿Con qué derecho coge usted estos brillantes?—rugió el viejo Jonatán levantándose.

—¡Con el derecho de la fuerza!

Jonatán arrojóse sobre el intruso; pero éste, más forzado, lo arrojó contra la vidriera y Michaelson cayó al suelo bañado en sangre.

El atrevido huésped leyó la hoja del cuaderno que acababa de escribir el herido y Julio Diring—que así se llamaba el intruso—huyó con los brillantes y con el cuaderno que tan preciosas notas contenía.

Julio Diring no se apercibió, al marchar, de que alguien había visto su mala acción. En efecto, en un jergón echado en el suelo del cuarto de Jonatán Michaelson, yacía un hombre completamente tapado. Mientras Julio Di-

ring se apoderaba del cuaderno de notas, el yacente asomó su cabeza completamente vendada. Momentos después el ladrón salía de la casa de huéspedes con su tesoro.

Julio Diring enagenó uno de los brillantes y con su producto montóse como un gran señor.

Pudo obtener de un corredor de bolsa la lista de los accionistas del inmenso rascacielos que quería adquirir. Estos accionistas son: Señorita Perla Traver, señor Ricardo Gale, Dr. Julio Eichner, señora Estefanía de Lissa, Coronel Samuel Watson.

Es después de obtener esta lista que un desconocido roba a Julio Diring los dos brillantes que recupera gracias al arrojó de una joven.

Volvamos a reanudar el hilo de nuestra historia en el momento en que lo abandonamos. Eran las dos de la tarde.

Perla Traver esperaba la visita anunciada, cuando ¡oh, sorpresa!, se presenta ante ella una persona conocida.

—¿Es usted el señor Julio Diring?

—Yo mismo. ¡Qué agradable sorpresa!

—Diríase que se ha propuesto usted proporcionarme emociones intensas.

Y después de algunos comentarios relativos a la aventura de aquella mañana, Diring entró de lleno en el asunto de su visita.

—Las razones que me inducen a proponerle a usted la compra de sus acciones del «Edificio Central» son puramente personales. Nadie le ofrecerá por ellas el precio que yo le brindo.

—¡Realmente, su oferta es tentadora!... Pero ¿la sostendrá usted?

—No tengo más que una palabra.

—Bien, a ese precio accedo. Voy por las acciones.

Salió Perla del salón y al entrar en su despacho donde tenía el cofre se le presentó un joven muy simpático.



—¡Caballero!

—Dispénsame, señorita, si me presento ante V. sin anunciarme.

—¡Caballero!

—Dispénsame, señorita, si me presento ante usted sin anunciarme.

—¿Quién es usted?

—Todos me llaman Johnson; pero mi nombre es lo de menos... Soy un amigo suyo, y vengo a aconsejarle que evite todo trato con ese señor Diring.

—¿Por qué motivo?

—Por la sencilla razón de que saldrá usted perjudicada. ¡Ese hombre busca millones y sus manos están manchadas por un crimen!

—¿Quién me abona cuanto usted me dice?

—Mi honor. ¡Antes de desprenderse de sus acciones del «Edificio Central», venda usted su alma al diablo!... Créame. En vez de vender, compre usted todas las acciones, si puede.

El desconocido inclinóse y salió, dejando perpleja a Perla. Sin embargo, hízole mella el aviso y volvió donde esperaba Juli Diring.

—Caballero—le dijo—, lo he pensado mejor y he decidido no vender mis acciones.

—¿Quién la ha aconsejado contra sus intereses?

—Nadie.

—¡Pues bien, doblo mi oferta!

—No, gracias. Me he encariñado con estas acciones, y pienso acaparar cuantas pueda.

Ante tal contrariedad los ojos de Diring brillaron como los de las hienas.

—¡Cuidado, señorita, que está usted jugando con fuego! Si tiene apego a la vida, desista de su intento.

—No temo sus amenazas—dijo Perla riendo en son de mofa—. ¡Haré lo que me plazca!... ¡Veremos quien puede más!

Al día siguiente, Julio Diring dirigióse a casa de Ricardo Gale, tenedor también de un gran número de acciones del «Edificio Central». En ausencia del señor Gale, Diring fué recibido por su secretario, quien contestó a las proposiciones de aquél:

—Esa misma proposición la ha hecho al señor Gale, la señorita Perla Traver por carta que hemos recibido hoy mismo.

Diring hizo una proposición al secretario de Gale, acompañada de un regalo de veinte mil dólares, que el secretario aceptó gustoso.

—El hecho de que el señor Gale se halle ausente—le dijo Diring—le exime de responsabilidad. Voy a preparar el golpe.

¡Veinte mil dólares!... No hay duda de que dádivas quebrantan peñas; por eso el infiel secretario citó a la inocente joven en nombre de su principal. Dió orden al conserje:

—Cuando llame la señorita Perla Traver, hágala usted entrar en el salón como si el señor Gale estuviese en casa.

Perla Traver recibió aquella tarde una carta concebida en estos términos:

Srta. Perla Traver.

Mi distinguida amiga: Contestando su grata de hoy, debo significarle que tendré mucho gusto en discutir con usted el asunto relativo a la venta de mis acciones del «Edificio Central». Si se toma usted la molestia de venir mañana a las once se lo agradeceré su afmo.

Ricardo Gale.

Sin poder sospechar el lazo infame que se le preparaba, Perla acudió a la cita.

Esperó largo rato en el salón. Ya empezaba a impacientarse cuando notó con sorpresa que una mano que parecía salir de detrás de una arquilla de caoba se posaba sobre la tapa de ésta. Se acercó y vió que aquella mano era la de un caballero que tenía la cabeza ensangrentada y que se esforzaba por levantarse. Al ver a la joven, díjole con voz doliente:

—Usted, señorita Perla, usted ha sido la inductora de este crimen, para apoderarse de mis acciones.

Aunque consciente de su inocencia, como

las apariencias la acusaban, Perla, loca de terror, echóse a discurrir sobre el modo de escapar de aquella situación comprometedora, cuando se presentó un pelotón de policías para apresar a la joven. Ella se cerró con llave. Ya era inminente su captura, cuando por la puerta contraria a la que querían abrir los policías, apareció el misterioso joven Johnson, el que el día anterior le avisara de no vender las acciones.

—Señorita, sígame... ¡Pronto, que corre usted peligro!

Obedeció Perla y vióse pronto en su casa, gracias a la protección que le prestaba el misterioso Johnson. ¿Quién era Johnson?

Al día siguiente, apenas Perla Traver empezó a leer el diario, se estremeció ante esta gaceta:

Perla Traver perseguida por asesinato. Acusada por Ricardo Gale antes de expirar, logra burlar a la policía, después de una persecución sensacional.

Apenas termina de leer este terrible notición preséntase ante la joven Julio Diring.

—Señorita—le dice—, para usted no hay apelación. Su presencia en el lugar del crimen, su fuga a la llegada de la policía y la declaración del propio Gale antes de expirar, la declaran a usted como autora del asesinato. Yo la puedo perder.

—Bueno... ¿y qué quiere usted?

—Sus acciones del «Edificio Central» y su promesa formal de no volver a ocuparse nunca más de este asunto. Como compensación, me comprometo a ocultarla a usted, o a ayudarla a escapar al extranjero si así lo prefiere.

Perla púsose pensativa. Julio Diring, creyendo tener la partida ganada, añadió:



— ¡Concluyamos de una vez!... ¿Firma V. o telefono a la policía?

— ¡Concluyamos de una vez!... Firma usted o telefono a la policía?

Perla Traver iba a acceder; mas en aquel momento su ángel protector en forma del joven Johnson se presentó en el umbral de la

puerta, y como si hubiese oído las palabras de Diring, contestóle:

— ¡No firme usted, señorita!... Ese hombre carece de dominio sobre usted. Ricardo Gale está ausente y el que parecía herido y que la acusó a usted, es un cómico alquilado por este criminal—y señalaba a Diring—. Los policías eran falsos y el periódico, falso también. Todo ha sido una comedia hábilmente urdida para arrancarle a usted sus acciones.

Pero Diring tenía previsto el caso y había apostado buen número de amigos para cortar la retirada al protector de Perla.

Cuando, aquella noche, quedóse ella a solas con sus pensamientos, preocupábala más esclarecer quien fuera aquel misterioso joven que, generosamente, había expuesto su vida por defenderla a ella, de la persecución de que era objeto.

A la mañana siguiente le llegó a Perla una carta cuyo sobre decía:

(Se ruega a la persona que encontrare esta carta que la deposite en el correo).

Srta. Perla Traver
345, 10.^a Avenida

CIUDAD

La abrió nerviosa y leyó:

Pienso arrojar esta carta por una de las ventanas de la torre de la finca Diring, con la esperanza de que, quien la encuentre, haga el favor de echarla al correo. Estoy prisionero de Diring, y le ruego encarecidamente que venga a libertarme. Pero por favor, no venga con la policía, porque probablemente me asesinarían.

Su amigo de ayer.

Minutos después la intrépida Perla corría en su coche devorando kilómetros, hacia el lugar indicado en la carta.

Entró. Un imponente silencio reinaba en aquella estancia, interrumpido tan sólo por los sonoros ronquidos del perezoso guardián, quien dormía con las piernas sobre una mesa, encima de la cual había también una llave que bien podía ser la del encierro de Johnson. Perla acercóse andando de puntillas, cogió la llave y precipitóse escaleras arriba, en busca del encierro de su protector.

Cuando el supuesto guardián que fingía dormir, oyó que Perla subía las escaleras en espiral de la torre, levantóse, sacó del cinto una gruesa llave y cerró la puerta de la escalera. Entonces entró Julio Diring y preguntó:

—¿Cómo ha ido eso?

—¡He desempeñado maravillosamente mi papel!... ¡Oh, si hubiera usted visto cuan sigilosamente se acercó a coger la llave para no despertarme!

—Bueno. Ahora esperemos al otro.

Julio Diring fué al encierro de la joven y riendo le dijo:

—Señorita Perla, no me negará usted que mi carta estaba bien redactada. ¡Por esta vez, he sido más listo que usted!... ¡Adiós!

Pero inopinadamente, el asombro de la joven culminó en su grado máximo, al ver entrar por la ventana a Johnson. Perla empezaba a sospechar que el misterioso personaje fuese un traidor, y díjole:

—Escuche usted, caballero: todo esto es muy extraño, y creo tener derecho a que me dé usted una explicación.

—Diring quiere retenerla a usted aquí para

impedir que intente frustrar sus propósitos de acaparar las acciones del «Edificio Central».

—Todo esto es muy sospechoso. Y... usted más sospechoso que todos los demás.

—¿Duda usted de mí?

—¿Qué significa la carta de usted?

—¡Carta!... Ya comprendo. Ha caído usted en una trampa hábilmente tendida por Diring... Yo también he recibido otra de usted.

—¿Se puede saber qué tiene ese edificio para que, de repente, se hayan hecho tan codiciadas sus acciones?

—Hace más de tres siglos unos piratas holandeses apresaron un soberbio galeón que se dirigía a Europa con un inestimable tesoro, y trataron de ocultarlo en nuestras costas; pero los indios aborígenes diéronse cuenta de la maniobra y se dispusieron a atacarlos. Los indios quedaron dueños del campo y de El Botín de los Piratas y enterraron éste en el lugar que hoy ocupa el «Edificio Central», o sea en el corazón mismo de Nueva York. Por eso la persona que logre acaparar todas las acciones de este edificio, será dueña también de ese incalculable tesoro.

—Ja, ja, ja. ¿Me considera usted tan cándida para que yo crea en un cuento de hadas... Y menos relatado por usted, que aparece y se eclipsa cuando le conviene a Diring?

En esta conversación estaban Perla y Johnson cuando se vieron rodeados de una espesa nube de humo. El miserable Diring había hecho prender fuego a la torre que ardía en terribles llamas en las que forzosamente debían perecer los dos jóvenes.

Diring, creyendo que sus enemigos morirían achicharrados, voló en su auto a Riverda-

le, con el fin de visitar al sabio Doctor Eichner, otro de los principales tenedores de las acciones, a quien Perla también había escrito solicitando la compra de las mismas.

II. — EL TERRIBLE SECRETO DEL DOCTOR

—¡ Pronto, Perla!... ¡ Esa ventana es nuestra única esperanza de salvación!... El cable del pararrayos pasa cerca de la ventana.

Y con gran peligro de sus vidas y entre llamas, ambos pudieron ponerse en salvo, bajando por dicho cable.

—Perla—le dijo Johnson—, al venir aquí he dejado mi automóvil en la espesura. Venga. Diríjase usted a casa del Dr. Eichner, pues Diring ha debido ir también allí... Conviene que usted llegue antes que él a Riverdale. De momento no puedo acompañarla... Tengo un asunto urgente... Tome usted mi revólver; tal vez lo necesite.

Perla Traver montó en el coche y partió en dirección a Riverdale.

El sabio Doctor Eichner vivía solo y aislado. Sus antiguos amigos se habían alejado de él por razones misteriosas que sólo podían revelarse con las mayores reservas.

El sabio Doctor habla con Eva, su única sirvienta:

—Eva, Diring debe llegar dentro de algunos instantes. ¿Está cerrada la puerta principal, las ventanas del piso bajo y la puerta de los sótanos?

—Todo está cerrado según me mandó usted; todo menos la puerta trasera...

—¡ Calla! ¿Está suelto el gorila?

—Suelto está, señor.

—Tú ya sabes que Diring me ha dirigido graves amenazas si no le vendo las acciones... Ahora bien, yo aquí estoy en mi casa ¿no es cierto?... Y no puedo ser responsable de que para entrar en mi casa pase por esa puerta trasera. Diring es el único que está al corriente de mi secreto... Si muere quedaré tranquilo.

El Doctor se estremeció. Diring acababa de entrar en la habitación.

—¿ Por dónde ha entrado usted?

—Usted, Doctor, esperaba que yo hubiese penetrado en su casa por la puerta trasera... ¡ Ca!... Conozco los secretos y las bromas del Doctor Eichner, y porque las conozco vengo a que usted no se niegue a venderme sus acciones del «Edificio Central», sino...

—Divulgaría usted mi secreto. Lo sé.

—Le doy a usted diez minutos, Doctor, para entregarme las acciones, con una orden de transferencia firmada por usted... Si persiste en su negativa revelaré al mundo entero su terrible secreto de la pavorosa caverna.

—Espérese.

Salió el Doctor y al poco rato volvió desesperado, gritando:

—¡ Me han robado!... ¡ Me han robado!

—Es inútil; usted se quiere burlar de mí y le juro que le va a salir cara la broma.

Dejemos a Julio Diring discutiendo con el Doctor Eichner y sigamos a Perla Traver.

La joven llegó a casa del Doctor mientras éste y Diring hablaban. Llamó inútilmente a la puerta. Vió abierta la trasera y por ella se introdujo para su mal: la trampa preparada para cazar a su enemigo iba a servir para ella. Al entrar cerróse tras ella la puerta como movida por un resorte y un enorme go-

Perla apareció con las fauces abiertas. Estaba perdida; no podía retroceder; mas no perdió la serenidad. Recordó la facilidad de imitación que tienen esa clase de animales y forcejeó por abrir una de las puertas. Entonces el terrible simio abrió la puerta... ¡Horror!... En una lóbrega caverna apareció ante su vista un montón de cadáveres en putrefacción. Quedó horrorizada. El simio avanzó y ella huyó por aquella caverna como una loca. Tocó un resorte y el pasadizo oscuro se llenó de agua amenazando ahogarla. Ella arrojóse siguiendo la corriente y al poco rato, nadando en la obscuridad, notó que a través de una claraboya penetraba un rayo de luz. Agarróse fuertemente a un saliente de la pared; pero el agua era tan abundante y caía con tanta fuerza, que ya perdía la suya y hasta el conocimiento, cuando un brazo humano pasó por la claraboya y una voz conocida gritaba:

—¡Perla, cójase usted a mi mano!

Un minuto después la joven hallábase milagrosamente fuera de aquel antro de horror. Otra vez debía su vida al intrépido Johnson. Repuesta ya del terrible susto que le ocasionara aquel percance, dió las gracias a su salvador, quien le contestó:

—Aquí tiene usted las acciones del Doctor Eichner. Acabo de sustraerlas de su cofre, en el momento en que iban a ser vendidas a nuestro enemigo Diring.

—Yo, Johnson, no quiero nada robado... Ahora mismo voy a ver al Doctor Eichner para comprarle estas acciones.

Convencido Diring de que el Doctor había sido víctima de un robo, quiso adelantarse a

Perla para comprar las acciones que la señora Estefanía de Lissa poseía, y partió para Nueva York.

Perla y Johnson fueron a ver al Doctor.

—Soy Perla Traver y vengo a comprar a usted las acciones de que le hablé.

—Me las han robado.

—Ya sé... Usted se las iba a vender a Diring para que no divulgase su secreto de la caverna que usted tiene bajo el río.

—¿Ustedes también lo saben?

—Su caverna ya no existe y no debe usted temer nada de ese miserable.

—Pero ¿cómo saben?

—Diring nos lo ha dicho todo; mas ya no tiene usted nada que temer... He aquí sus acciones... ¿Cuánto quiere usted por ellas?

—¡Basta! Lo que ustedes quieren son mis acciones, ¿no es cierto? Pues bien: páguenme las, y márchense.

Trasladémonos al suntuoso hotel de la familia de Lissa, enclavado en uno de los barrios más aristocráticos de Nueva York.

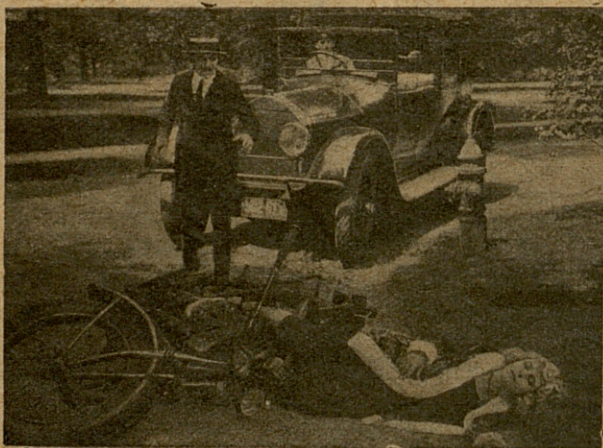
Estefanía de Lissa—cuyo esposo poseía un importante stock de acciones del «Edificio Central» acababa de hacer una jugada de bolsa realmente desastrosa. Para que su marido no se enterase de la ruinosa operación, había tenido que entregar a su corredor, Ethridge, un «pendentif» de esmeraldas, valorado en más de cincuenta mil dólares, que aquella misma tarde debía ella entregar a su hija con motivo de su cumpleaños.

Llegó Julio Diring y se entrevistó con la señora de Lissa, quien le dijo:

—Si logra usted traerme hoy mismo el «pen-

dentif» que tiene en su poder mi corredor, el señor Ethridge, le venderé las acciones que usted desea.

Salió Diring dirigiéndose en auto a la casa de campo bastante distante de Nueva York en donde el corredor Ethridge veraneaba.



... en un viraje cayó de un modo aparatoso, o en la cuneta

Aun no hacía un cuarto de hora que Diring había marchado de casa de la señora de Lissa cuando llegó Perla Traver a hacer la misma proposición a dicha señora, recibiendo idéntica respuesta. Advirtióle la señora Lissa que Diring había salido ya en dirección de la casa de campo de Ethridge. Comprendió Perla que era cuestión de adelantar a su enemigo y montó en su motocicleta, que lanzó a una ve-

locidad máxima. Al cabo de media hora divisó el automóvil de Diring y poco después pasóle delante; pero era tal la velocidad a que había lanzado su máquina, que en un viraje rápido cayó de un modo aparatoso en la cuneta. De ese modo pudo Diring anticipar su llegada a la casa de campo del señor Ethridge.

—Yo no tengo obligación de vender ese «pendentif» a la señora de Lissa ni a nadie absolutamente, porque es mío. Por consiguiente, si usted lo quiere, ha de pagarme por él más de 50.000 dólares.

—¡Muy bien! —contestó Diring—. ¡Le ofrezco a usted 65.000!

—¡Ese hombre es un farsante! —clamó Perla entrando—. ¡Yo doy 75.000 dólares por el «pendentif»!... Mi nombre es una garantía de mi palabra: soy Perla Traver.

—Sin duda alguna—dijo el corredor—deben ustedes ser excelentes amigos de la señora de Lissa, cuando muestran tal empeño en rescatar esta joya.

—¡Mucho! —contestó Diring—. Doy por ella 100.000 dólares.

—¡Ciento cincuenta mil! —pujó Perla.

—¡Ciento sesenta mil! —postó Diring.

—¡Ciento setenticinco mil!

—¡Ciento ochenta mil!

—¡Dioscientos mil dólares doy yo!

Diring calló, temiendo que Perla y el corredor estuviesen de acuerdo para arruinarle. Este dijo:

—Adjudicado a la señorita Perla Traver por 200.000 dólares.

Mientras Perla Traver firmaba un cheque por la indicada cantidad, el señor Ethridge llamó aparte a Diring y le propuso:

—Oiga, Diring, ¿no le convendría a usted una imitación perfecta de ese «pendentif» en un todo semejante al original?

—Le daré por esa imitación cinco mil dólares, con tal de que usted retenga aquí hasta mañana a la señorita Perla.

—Está bien... Pase usted al saloncito, pues voy a hablar con ella.

Obedeció Diring. Ethridge acercóse a la joven que acababa de firmar el cheque.

—¿Quiere usted darme el «pendentif», señor Ethridge?

—No lo tome usted a mal, señorita. Se trata de una mera formalidad... Deberá usted quedarse aquí hasta que se cobre el cheque... Yo no tengo el honor de conocerla personalmente. Su nombre es conocidísimo; pero ¿y si no fuera usted la señorita Perla Traver?

III. — UNA BURLA DE ULTRATUMBA

En casa de la señora de Lissa se celebraba una fiesta para festejar el cumpleaños de su hija. Esta esperaba el magnífico regalo prometido, el precioso «pendentif».

—¡Papá, ha llegado la hora!... ¿Dónde está esa sorpresa que me tienes preparada?

—Tu madre la tiene, hija mía. Pídesela a ella, que no quiero privarla del placer de entregártela.

La señora de Lissa esperaba a uno de los dos compradores con el famoso «pendentif» y se desesperaba de su tardanza, pues no podía pasar más tiempo sin ocultar la verdad a su esposo.

Más lista, más intrépida y más ágil que sus perseguidores, Perla supo burlarlos, escapán-

dose de casa de Ethridge y emprendió una carrera desenfrenada con el fin de llegar antes que Diring a casa de la señora de Lissa, con el valioso «pendentif».

Llegó Perla Traver antes que Diring y la señora de Lissa le transfirió todas sus acciones.

Perla salió de la casa radiante de alegría, con las acciones de Lissa endosadas a su favor. Pero el depravado Diring discurrió un plan alevoso para arrebatar a la joven sus acciones. Sabía éste que Perla debía volver por el camino por el que él se dirigía y puso su automóvil atravesado en un recodo del caminito por el que Perla debía pasar en motocicleta. El efecto fué fulminante. Regresaba Perla a gran marcha, cuando, en un viraje, su máquina tropezó con el coche de Diring y ella rodó por el suelo; sin dañarse, por fortuna.

—Haga el favor—le pidió Diring—de entregarme las acciones del «Edificio Central» que acaba de venderle la señora de Lissa.

—Estas acciones están endosadas a mi nombre; ¿para qué las quiere usted?

—¡Qué le importa a usted!... ¡Démelas!

Diring arrojóse sobre la joven y quiso arrebatarle las acciones que llevaba en el seno. Ella se defendió como una fiera. Cuando parecía que todos sus esfuerzos se iban a estrechar contra la fuerza del usurpador, surgió de entre unas matas el misterioso personaje, Johnson, quien se lió a puñetazos con Diring. Los dos luchadores se hallaban al borde de un precipicio que daba al río y ambos cayeron al agua desde gran altura.

Perla no podía abandonar a su generoso protector a una muerte segura. Desde el alto promontorio en que se hallaba, Perla vió como

Diring ganaba la orilla y como la corriente arrastraba al infortunado Johnson hacia la acequia de la Muerte. Al ver la joven el peligro en que se hallaba su defensor, se arrojó al agua y nadó con intrepidez hacia él. Pero la corriente le había arrastrado al precipicio. Un minuto más tarde todo habría concluído para él. Perla entró en la acequia de la Muerte cogiéndose al borde del paredón y vió a Johnson agarrado en un saliente del precipicio.

—¡Deme usted la mano, Johnson!... Aquí he encontrado pie. Si pierde usted su asidero le arrastrará la corriente.

—¡Imposible! ¡No alcanzo!... ¡Y siento que las fuerzas se me agotan!

—¡Dios mío, ayúdale!

—¡Perla, ya no puedo más!... Antes de morir quiero decirle que siempre la he amado... Vaya usted a Keeseville, busque al mestizo Neewah y dígame que yo la envío y él le entregará unos papeles... Dese prisa antes de que Diring le tome la delantera... ¡Adiós para siempre!

Y desapareció. Perla dió un grito de terror que fué oído por dos guardias rurales quienes la ayudaron a salir de la acequia.

Lo que más sintió la joven fué que con aquel hombre se fuese a la eternidad el secreto de la aparición del misterioso personaje cuya última palabra había sido una confesión amorosa.

El primer cuidado de Perla, repuesta ya del terrorífico percance, fué cumplir la última voluntad de Johnson, buscando al mestizo Neewah. Cosa que pudo lograr con facilidad acompañada de los dos guardias rurales.

Llegó Perla a la casa de madera que el

mestizo habitaba en su bohío, y Neewah la recibió con cara avinagrada, rodeado de varios de sus hombres armados.

—¿Conocía usted al señor Johnson?

—Sí, sí, lo conocía... le contestó Neewah—. ¿Qué noticias nos traes?

—¿No le ha dejado un papel para mí?... Yo soy Perla Traver. ¡El señor Johnson ha muerto!

—Ya sabíamos la noticia; pero sabemos también que Johnson no la ha mandado a usted aquí; por el contrario, usted es su mayor enemiga, y la causante de su muerte...

—¡¿Yo?!

—Usted; sin duda alguna oyó que decía a su mejor amigo que v'niere a buscar cierto papel, y ha pretendido usted adelantarse para robar a un muerto.

—¿Y quién es ese *mejor amigo*?

—¡El señor Diring!

—¡Oh!... ¿Diring?... ¡Ese malvado es el asesino de Johnson, y ahora ha pretendido engañarle a usted!

Neewah echó una mirada de rencor a la joven y salió cerrándola con llave. Al poco rato oyó Perla a través del tabique de madera:

—Señor Diring, todo ha sucedido como usted lo predijo, es usted una persona digna de confianza. Venga y le daré el papel que está en el molino del torrente.

Perla lo comprendió todo. Diring se había adelantando y héchose pasar por el verdadero enviado de Johnson. Pero la intrépida Perla no se amilanaba nunca; antes bien, parecía crecerse ante el peligro. Una de las ventanas de su encierro estaba entreabierta. Observó hacia afuera y vió que en la parte exterior es-

taban dispuestos y enjaezados unos caballos que, sin duda alguna, eran los que debían conducir a Neewah y a Diring al molino del torrente. Era imposible escaparse por aquella ventana, pues un hombre la guardaba en la parte exterior. La abrió cautelosamente, tomó carrera desde el extremo contrario de la ventana y por ella se lanzó de un salto de pez sobre una de las caballerías. Cuando el guardián y los demás que afuera estaban se apercebieron, ya cabalgaba Perla al trote desbriado a campo traviesa. Todos se lanzaron en su seguimiento; pero fué inútil. Cuando ya la iban a alcanzar cerca del molino del torrente, Perla se arrojó al que daba nombre a aquel molino y se dejó arrastrar por la corriente hasta el lugar donde el agua se introducía en las paredes de éste. Así pudo penetrar en el molino y esconderse tras unos barriles del piso alto. En aquel momento Neewah y Diring penetraron en el vetusto caserón, donde notaron las pisadas de la joven, cuyas huellas siguieron; Pero ella había tenido buen cuidado de despistarlos subiendo hasta la parte más alta del molino, y luego, andando hacia atrás bajó hasta esconderse donde hemos dicho, y desde donde pudo oír la conversación de sus perseguidores.

—Mire usted, Diring, aquí en esta misma habitación, bajo esta baldosa, está escondido el papel que debía entregar a Johnson.

—Bien está; luego lo vendremos a buscar— replicó Diring—; ¿no le parece, Neewah, que primero busquemos a Perla antes que se nos escape?

—Sigamos sus huellas.

Y mientras ambos subían al piso alto, Perla



La joven saltó del río y se escondió tras unos peñascales.

salió de su escondite y halló bajo la baldosa indicada un pergamino lleno de jeroglíficos que guardó en el seno y huyó.

Cuando Diring y Neewah, cansados ya de buscar a la joven, dirigieron al lugar donde se guardaba el famoso pergamino, y al ver que la baldosa había sido removida, y más al constatar que el documento había sido sustraído, comprendieron que la joven lo tenía en su poder y que no podía andar lejos. Fueron en su persecución.

No tardaron en darle alcance al lado mismo del río. Al verse perseguida de cerca, Perla arrojóse al agua y entonces entablóse, a través de los riscos y de las peñas, una persecución desesperada. La joven salió del río y se escondió; pero sus fieros perseguidores vieron desde lo alto de los peñascos, que la joven penetraba en la famosa cueva y cegaron su entrada. Al verse encerrada en aquella lóbrega caverna, que parecía hondísima, adelantóse buscando nueva salida; mas todo fué inútil. Cuando sus ojos empezaron a acostumbrarse a la obscuridad, parecióle que de aquellas tinieblas surgía una figura humana. Sus cabellos se erizaron y quedó temblando de pavor. ¡Ante sus ojos apareció la figura esbelta de Johnson!

—¡¡ Johnson!!

—No se asuste usted, Perla. Soy yo... ¡Johnson sano y salvo!

—¿Vivo?

—Sí, sí, vivo. Un guarda me sacó medio ahogado del depósito, y le rogué no divulgara la noticia de mi salvamento.

—¿Querrá usted creer que siento mayor alegría de encontrarle a usted que si hubiese en-

trado en posesión del famoso *Botín de los Piratas*?

Perla contó con brevedad cuanto le había acaecido y ambos plantearon la línea de conducta que debían seguir. Luego Johnson añadió:

—Hemos de hacer creer que hemos perecido para mejor burlar a Diring... ¿Dónde tiene usted el pergamino del molino del torrente?

Perla quiso sacarlo del seno; mas no lo halló. Johnson se echó a reír y preguntó:

—¿Es éste?

—Sí, ese es.

—Lo ha perdido usted entre las rocas al huir de sus perseguidores y yo lo he hallado.

—¿Y qué son esos signos?

—Es una inscripción india, la misma que los indios que enterraron el botín pusieron en un madero plantado sobre el lugar donde existe el *botín de los Piratas*.

—Pero ¿de qué nos servirá si estamos encerrados en esta caverna sin salida?

—Yo conozco un orificio por el que saldremos. Sígame.

.....
Diring leyó aquel día en la prensa diaria:

La exploración de una cueva de Keeseville, cuya entrada había sido obstruida por un desprendimiento de rocas, ha dado por resultado el hallazgo de prendas de ropa pertenecientes a la señorita Perla Traver, que falta de su domicilio hace ya varias semanas; y, aunque no se ha encontrado su cadáver, todo induce a creer que ha perecido...

—Todas las acciones de Perla—pensó Diring—perecieron con ella; si puedo adquirir las

de la viuda del Coronel Watson, seré dueño del «Edificio Central».

Diring se presentó a la citada viuda, en nombre de la que él creía difunta Perla.

—Lo siento, caballero, pero no puedo venderle a usted mis acciones. Di mi palabra a la señorita Perla Traver, antes de su muerte, de no venderlas a nadie más que a ella. Si usted me presenta un escrito que le autorizase para adquirir acciones en nombre de la difunta Perla, yo tendría mucho gusto en cedérselas.

Aquella noche Diring fué a uno de los cabarets alegres de Nueva York, donde conoció a una muchacha a la que llamaban Meg, que tenía un perfecto parecido con Perla Traver, a quien propuso entregarle una cantidad importante si se prestaba a representar el papel de otra mujer durante algunos días. Aceptó la mujerzuela; y días después, elegantemente trajeada fuése con Diring a casa de la viuda de Watson.

—Pero Perla, ¿es posible?—exclamó la viuda—. Yo la creía a usted muerta.

—Sí, la gente exagera una barbaridad... Y, sin embargo, ya lo ve usted, estoy viva... He venido a recoger las acciones que usted me prometió.

La señora Watson entregó a la supuesta Perla las acciones que ésta escondió en el seno y despidiéronse.

Media hora después Meg y Diring entraban en casa de éste. Cuando estuvieron solos, sostuvieron esta conversación.

—¡Meg, es usted encantadora!... Me parece que los dos formaríamos una deliciosa pareja... y que haríamos buenos negocios. Deme las acciones y le pagaré el servicio.

—No, Diring, no. Perla Traver no quiere tratos con un asesino.

—¡Meg!

—Llámeme Perla, ¿oye usted? Soy Perla.

—Sí, sí, ahora la reconozco. Usted se ha burlado de mí y me las va apagar todas juntas.

Quiso echarse encima de ella; pero en aquel instante apareció en la puerta Johnson empuñando un revólver y los dos amigos salváronse de su perseguidor.

El «Edificio Central» ya es propiedad de Perla Traver, quien ha hecho las obras consiguientes para llegar al lugar donde se encierra el famoso tesoro. Una noche Perla y Johnson descendieron al lugar indicado por el viejo pergamino y pusiéronse a cavar con ardor. Pero ¡ay! su perseguidor, que no les abandonaba día y noche, descendió también tras ellos y cuando se hallaban en su trabajo arrojó a sus plantas una bomba infernal con la mecha encendida. Perla pudo recogerla antes que estallara, y, a su vez, la arrojó contra su enemigo. Un estallido horrendo se produjo. Pero por fortuna sólo hubo una víctima: el miserable Diring había perecido.

Ya en posesión del inmenso botín de los Piratas, Perla y Johnson se embarcaron para Inglaterra, donde se proponían casarse.

El vapor surcaba las rizadas aguas del Océano. La luna iluminaba con claridades azuladas la cubierta del buque donde se sentaban, uno muy cerca del otro, Perla y Johnson.

—Johnson—preguntaba la hermosa joven, cuyos cabellos azotados por la brisa, acariciaban el rostro del joven—, ¿Aún no puedes ex-



Su perseguidor que no les abandonaba día y noche...

plicarme el motivo de tu intervención providencial en el asunto del «Edificio Central»?

—Sí. Uno de mis antepasados fué uno de los jefes indios que ayudaron a enterrar el famoso tesoro que hoy es nuestro. El había consignado en un antiquísimo libro de memorias, escrito con caracteres jeroglíficos—una de cuyas hojas deposité yo en poder de mi amigo el mestizo Neewah—el hecho de la captura del tesoro y el lugar donde lo habían depositado. Hace unos meses hice examinar aquel libro por un sabio arqueólogo y saqué en consecuencia que bajo el «Edificio Central» existía una fortuna incalculable. Fuí a Nueva York y burlando la vigilancia pude introducirme en los sótanos donde existen las calderas de la calefacción central. Allí estaba cuando vi salir un hombre por uno de los tubos, el cual llevaba en la mano tres gruesos brillantes y sacó un tronco donde se consignaban unos caracteres que reconocí. Al verme, exclamó:

—Esto es mío... todo mío... sólo mío.

—¡Todo no!—le contesté yo—. Esas piedras preciosas, y muchas más, fueron depositadas por uno de mis progenitores.

—Entre usted en mi habitación—me invitó el viejo.

Y me empujó, haciéndome entrar en una habitación cuya puerta cerró él por fuera. Al poco rato aquella reducida estancia se llenaba de vapor y yo me vi desfallecer y caí como ahogado, perdiendo el conocimiento. No sé cuanto tiempo permanecí allí ni cuanto estuve sin cobrar el uso de los sentidos. Pero recuerdo perfectamente cuando volví en mí. Me parecía que soñaba. Me destapé y vi a Diring que quería robar los brillantes que el viejo

maquinista que me había jugado a mí aquella partida tenía sobre la mesa. El pobre viejo quiso oponerse y Diring le mató... Desde entonces yo he seguido los pasos de aquel hombre que tanto daño nos ha hecho y que ha sido víctima de su egoísmo. Siguiendo los pasos de Diring te conocí y te amé más que *el botín de los Piratas*.

Mientras el vapor surcaba las rizadas aguas del Océano, la luna iluminaba con claridades azuladas el primer abrazo de amor de Johnson y Perla Traver.

FIN

¡OIGAN... SEÑORITA, JOVEN!

No dejen de leer las preciosas novelas de los más grandes Films, de nuestra **SELECCION**. Sólo cuestan 50 cts.

K O E N I G S M A R K

Novela de amor, odio y misterio por Jacques Catelain

EN LAS RUINAS DE REIMS

El amor triunfante de la codicia por Frank Mayo

LA MUJER QUE SUPO RESISTIR

Exaltación del verdadero amor por Bárbara La Marr

Los mejores artistas : Los mejores Films

Próximo número: 20 de enero

AMOR QUE VENCE AL AMOR

Sugestiva novela amorosa Deliciosa y genial creación de

B E T T Y C O M P S O N

Postal: La de esta hermosa artista.

PRONTO PRONTO PRONTO

La novela más emocionante y sentimental, cuyo asunto ha conmovido a toda una generación...

31 de enero. No olvide esta fecha.

031 BFI (45)

NOVELAS QUE DEBE USTED RECORDAR

SELECCION de los más **grandes films**

LA VOZ DE LA MUJER

por DOROTHY PHILIPS

ROSA DE FLANDES

por RAQUEL MELLER

MESALINA

por RINA DE LIGOURO

LOS NIBELUNGOS (SIGFRIDO)

Literatura verdad :: Artísticas fotografías

50 céntimos

LOCURAS DE JUVENTUD

por MARY CARR

¡VELARÁS POR TU HIJO!

por HENRI BAUDIN

EL BOTIN DE LOS PIRATAS

por PERLA BLANCA

25 céntimos

Exclusivas VERDAGUER, S. A.

BIBLIOTECA FILMS

Título de la Supremacia

Aparece todos los martes

SOLICITAMOS CORRESPONSALES